

PLANETA

VERDE

LOS MONSTRUOS NO VAN A CINE

ERIK ZÚÑIGA



Planetalector



LOS MONSTRUOS NO VAN A CINE

ÉRIK ZÚÑIGA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Imagen de cubierta: Juan Diego Mejía Salamanca

© Érik Zúñiga, 2017

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6116-8

ISBN 10: 958-42-6116-9

Séptima impresión: agosto de 2023

Impreso por: Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

ÉRIK ZÚÑIGA (biografía)

Nació en Florida, Valle del Cauca en 1987. Es documentalista y escritor. Es director del documental *Frankenstein no asusta en Colombia*, ganador del estímulo “Colombia de película” (2015), y premier mundial en el Festival Internacional de Cinema de Catalunya “SITGES” (2013). Realizador del documental *Mito* (2015), para la Biblioteca Nacional de Colombia. Director del documental *Cinesífilis*, nominado a un premio India Catalina en el 2012. *Los monstruos no van a cine* es su primer libro de cuentos.

ÍNDICE

John Wayne contra los zombis del Valle.....	11
Jason vive.....	27
□△○×	41
El puño de la muerte.....	65
El escuadrón anti-monstruos.....	77
La casa de la colina encantada.....	93
La niebla	105

Para Nataly

JOHN WAYNE CONTRA LOS ZOMBIS DEL VALLE

El cerebro siempre muere primero.
CREATURE WITH THE ATOM BRAIN, 1955

El primer gran cinéfilo que conocí, vivía en el minúsculo pueblo vallecaucano en donde pasé la infancia, precisamente en el barrio con olor a chontaduro en donde crecí y justamente en la última habitación de mi casa. Nunca osé llamarlo por su nombre, tuve la costumbre de decirle: abuelo. En la sala, frente al televisor, un viernes de noche lluviosa, recuerdo la peor noche de mi vida. Los créditos refulgían intensos sobre la pantalla: «Dirigida por Dan O'Bannon», sonreí, parecía que se trataba de una película de terror, y esas eran mis preferidas. Las cortinas de encaje se meneaban por el viento, el televisor de perilla me iluminaba el rostro. En la película, un extraño gas tóxico se liberaba de un recipiente propiedad del ejército norteamericano, y recorría espesamente una morgue hasta encontrar un cadáver que poco a poco comenzaba a retorcerse para retornar

furioso a la vida. Una torrencial lluvia se desató sobre mi pueblo. Los relámpagos penetraron desde el patio y me cegaron por varios segundos; mi aguerrido parpadeo los espantaba, pero ellos sentenciaron su intimidación con truenos ominosos. Algo azotó con violencia la puerta de mi casa, yo salté del mueble como un gato y me asomé sigiloso para descubrir al intruso. Al fondo del pasillo vi una silueta, segundos después, el interruptor de luz sonó y la luz descubrió al misterioso hombre: era mi abuelo, estaba bañado por el sorpresivo aguacero.

—Ahí le alcancé a comprar fritanga —dijo, y me pasó una bolsa de papel empapada en manteca.

El cinéfilo, que tenía las orejas de Clark Gable y el bigote de Groucho Marx, metió las llaves en su pantalón de dril, me sacudió el cabello y se sentó en su mecedora, la hizo balancear como indicando que la función ya tenía su permiso para comenzar, a pesar de los truenos, que según mi abuela podrían hacer explotar el televisor.

—¡Apaguen esa carajada ya mismo! —gritó ella desde la habitación.

—Abuelita, abuelita, ya casi se acaba la película; iquince minuticos más! —le respondí a sabiendas de que era mentira, ya que la película recién comenzaba; pero, yo sabía que ella se volvería a quedar dormida en cuestión de minutos y nos dejaría tranquilos hasta que la sacudiera el siguiente trueno.

—Abuelo, ¿y el ají? —pregunté hambriento.

—Ahí va en una bolsita; tenga cuidado que está muy picante.

Empanadas, chunchullo y morcilla se desparramaron calientes sobre el papel; el olor me distrajo de la película, piqué a mano limpia aquí y allá mientras hablaba con la boca llena.

—Abuelo, vea: un gas extraño se salió de por ahí, y ahora eso hace que los zombis vuelvan a la vida —dije, mientras masticaba el chunchullo caliente—. Tranquilo que no se ha perdido de mucho.

El cabello plateado de mi abuelo se resbalaba húmedo sobre su frente, pero, al parecer, a él no le importaba. Llegaba de los billares, llevaba puesto su guante; era un jugador profesional de tres bandas, quizás el mejor del pueblo, o eso le decían sus amigos cuando iban a comprarle artículos de pesca en el almacén. Él conocía los recodos del Valle del Cauca, ya que les seguía el rastro a las truchas en los páramos y a las cachamas en los lagos. Su habitación estaba repleta de fotos descoloridas en donde mi papá levantaba como trofeos a enormes peces. Había también algunas fotos nítidas, en donde yo, en lagos de pesca deportiva, no lograba la suficiente fuerza para levantar un pez grande.

La lluvia, rauda, embistió con potencia. Mi casa, como muchas otras del pueblo era grande, de un patio amplísimo por donde se colaba un viento frío que, de a poquito, se metía hasta los huesos. Mi abuelo chasquéo

los dientes y soltó con desdén una frase que se la escuchaba los viernes en la noche cuando nos sentábamos a degustar películas viejas en canales nacionales.

—¡Ah, esa también ya me la vi! —dijo.

Ninguna película sorprendía a mi abuelo; era un cinéfilo voraz e insaciable. Recuerdo que su armario estaba lleno de ropas que él mismo nombraba como: «gabardina de Bogart, sombrero de Van Clift, zapatos de Fred Astaire, pantalones cantinfleros, anteojos de McQueen, guante de billar: Paul Newman». De joven fue taquillero en el cine del pueblo y, cada vez que veíamos una película, recurriendo a su memoria prodigiosa, decía: «ese es Tin Tan, ese es Johnny Weissmüller, ¡ah!, y el de la pistola es... cómo es que llama ese tipo... ¡Burt Lancaster!».

En la película, incineraron a un zombi. El humo navegó hasta lo alto, se fundió con las nubes y se desparramó en lluvia.

—Abuelo, ¿los zombis existen o eso es puro cuento?

—¡Claro que existen! —dijo enfático—. Hay gente que sabe hacer brujería, eso se llama... ¿cómo es que es? —mi abuelo alejó su mirada del televisor por unos momentos, cerró los ojos como escurriendo en su memoria y gritó enfático —¡Vudú! —exclamó aliviado.

En el televisor, decenas de muertos salían de sus tumbas después de que la lluvia cayó sobre ellos, caminaban mientras gruñían.

—Y pues, con esa brujería levantan a los muertos... ¡y tenga! Ahí tiene a su zombi.

—¿Usted alguna vez ha visto a un zombi?

Mi abuelo dejó de mirar la película y clavó sus grandes ojos miel sobre mis pequeños ojos café.

—¡Yo maté a un zombi! —dijo, y se recostó en su mecedora.

—¡Qué va!, abuelo —le respondí con incredulidad, y seguí mirando la película.

Mi abuelo se quedó callado por varios minutos, mientras se mezclaban la luz de los relámpagos con la película de Don O'Bannon. En la pantalla, una punk empezó a quitarse la ropa, era hermosísima, nunca antes había visto algo así: una mujer desnuda bailando sobre una tumba; «miércoles, esa película sí que lo tiene todo» —pensé—, pero justo en ese momento de éxtasis audiovisual, los comerciales irrumpieron; una serie de rostros algo pícaros pasaron por la pantalla del televisor, y al fondo, una enfática voz anunciaba una recompensa por cualquier información que ayudara a sus capturas. Quise preguntarle a mi abuelo quiénes eran, pero, antes de que pudiera decir algo, él prosiguió con su historia.

—Un viernes, todo el mundo estaba en el parque dando un paseíto con sombrillas coloridas bajo la canícula, sentí entonces un silencio extraño, como si todo el mundo hubiera dejado hasta de respirar. De pronto, un

sonido se fue elevando hasta alcanzar las montañas. Era la sirena de los bomberos.

Tragué saliva e inhalé hondo. Pensé que mi abuelo mentía, pero algo en su mirada me transmitía un convencimiento desconcertante. No aguanté más la pausa y traté de apresurar el relato.

—¿La que suena cuando hay un accidente, abuelo? —pregunté orgulloso de mi buena memoria. Sabía que dos toques significaban un llamado al cuerpo de bomberos, tres toques significaban un incendio dentro del pueblo y cuatro toques se hacían por algún accidente de los buses intermunicipales que siempre llegaban al pueblo a toda prisa. Además, todos los días se hacía un toque al medio día para indicar la hora de almuerzo; a esa hora los locales comerciales cerraban, la gente almorzaba, hacía una siesta y, a las dos de la tarde, retomaba sus labores.

—Sí, esa misma sirena; pero esta vez no sonó una, dos, tres o cuatro veces... la sirena por primera vez en la historia del pueblo sonó cinco veces.

—¿Y qué significa cinco veces, abuelo?

—¡Desgracia! —pronunció severo.

Lo miré perplejo. A lo lejos había quedado la película de zombis de Don O'Bannon, ahora me invadía un deseo enorme de escuchar a mi abuelo. Me encantaba la forma en que contaba su pasado, ese aroma de misterio en sus palabras, su tono de voz macabro, sus pausas, su convencimiento, su facilidad para engatusarme.

—Entonces, me levanté de la banca, miré a través de los árboles del parque: la gente en la calle principal empezó a correr. Era como si Godzilla entrara al pueblo para devorarnos. La policía salió de la estación con megáfonos, gritaba que corriéramos a nuestras casas, que no saliéramos. Las madres cargaron a sus hijos, los novios tomaron de la mano a sus novias; todos corrieron dejando botado el cholado y el jugo de borojó... Había tanta gente en la calle principal, que recordé las procesiones de Semana Santa; pero esta vez era el demonio quien deambulaba cerca. Hasta los ancianos, que se sentaban como momificados en las bancas del parque, ahora tenían una marcha agitada. Yo traté de averiguar lo que pasaba: fui en contra de la multitud, chocándome contra el mundo. Un policía trató de detenerme, pero al final, algo nos detuvo a los dos. Frente a nosotros había una horda de zombis sin camisa, con los ojos blanquecinos, el cuerpo podrido y la ropa hecha jirones. A algunos se les veían los huesos del tórax, a otros les faltaban brazos, ojos, una pierna, pero igual se arrastraban; ingresaban a nuestro municipio a paso lento y con la mandíbula abierta. El hedor de los cadáveres era insoportable, eso no se lo cuentan en estas películas. Muchos policías vomitaron sobre sus trajes cuando la horda estaba ya muy cerca, una nube de moscas los sobrevolaba, los perros ladraban furiosos. Los gusanos se comían el rostro de los muertos mientras estos deseaban comernos a nosotros. Uno de los zombis atrapó a la chancera, a Misia

Eunice; la mujer que estaba en silla de ruedas, no pudo escapar a pesar de que intentó mover las ruedas. Uno de los zombis le arrancó el cachete derecho, el zombi masticaba mientras Misia Eunice gritaba. Los policías, al ver eso, le apuntaron al monstruo y le dispararon con todo lo que tenían. Decenas de zombis atravesaron el humo de la pólvora, cada vez estaban más cerca, los uniformados retrocedieron y volvieron a disparar, pero las balas parecían no afectarlos. Yo no tenía un arma para ayudarles, tan solo la peinilla que siempre cargo. Me acerqué a la chancera, esquivé a varios zombis que deseaban darme una buena mordida, y al llegar, le zampé un peinillazo justo en el cuello a un podrido de esos. La cabeza rodó por el suelo hasta caer junto a las ruedas de la silla de Misia Eunice, que seguía gritando y atajándose la sangre. Extrañamente el zombi seguía vivo: lo miré mientras gruñía, parpadeaba y sus dientes castañeaban incansables. Yo no entendía qué pasaba. Cargué a Misia Eunice y la monté sobre la silla de ruedas. Me fui huyendo de los zombis por la calle principal: maniobraba con la silla de ruedas, atrás se escuchaban gritos y disparos. Unos metros más adelante, Misia Eunice empezó a gruñir, yo le dije que casi llegábamos al hospital, que no se preocupara; pero se dio la vuelta y trató de morderme. Cuando intenté esquivarla, la silla cayó al piso y la viejita también. Retrocedí unos metros, al verla me di cuenta de que la chancera se había convertido en un hambriento y espantoso zombi.

Mi abuelo tomó una pausa, inhaló profundo, y miró al televisor mientras proseguía la lluvia. En la pantalla, los zombis devoraban cerebros; los que eran mordidos, se convertían en ávidos come carne. Miré la película e imaginé a mi abuelo como un personaje.

—Y entonces, ¿qué pasó, abuelo? —pregunté impaciente, quería que terminara la historia cuanto antes. Él no me miró, observaba seriamente al televisor, como si se percatara de que los zombis podían volver al pueblo en cualquier momento. Mi abuelo acarició su espesa barba blanca y continuó su relato.

—Escuché a un policía que gritó a lo lejos: «¡Hay que darles en la cabeza!». Miré hacia atrás, todos repetían la misma frase, «¡hay que darles en la cabeza!». Los disparos fueron precisos, justo en el cráneo. Uno tras otro, los zombis cayeron al suelo, sin gruñir, sin castañear. Misia Eunice se arrastraba con sus piernas blancas y gelatinosas, trataba de alcanzarme. Saqué la peinilla, y sin dudarle se la clavé en medio de las canas. Oí el crujido del hueso y después... nada. La sangre de la viejita se escurrió encima de los billetes de lotería que siempre llevaba consigo. Lo que pasó aquel día, nunca lo podré olvidar: sobre todo el grito del policía, el grito que aún escucho a mitad de la noche, en mis pesadillas: «¡hay que darles en la cabeza!».

Mi abuelo y yo guardamos silencio, él tragó saliva, yo no dejaba de mirarlo. No deseaba que el sonido de la

lluvia y los gritos de terror de la película fueran todo lo que me rodeara.

—Abuelo, ¿y ellos pueden esquivar las balas?

—No, son estúpidos. Los zombis no piensan, están muertos.

—¿Y para qué les disparan en la cabeza si son estúpidos?

—Para quitarles lo que desean: las ganas de convertir a otros —mi abuelo rechinó su caja de dientes.

—Pero, ¿cómo es que quedan muertos si ya están muertos?

—Ah, eso nadie lo sabe, pero así es que funciona esa joda. Hay que darles en la cabeza, destrozarles el cerebro con la puntería de John Wayne, ¡ese es el secreto!

Mi abuelo armó una pistola con sus dedos, con el índice me apuntó y al bajar el pulgar como si fiera el martillo del arma, esgrimió una leve sonrisa.

Seguimos viendo la película de Don O'Bannon. Los zombis se comían todo a su paso, incluso a la sexy punk desnuda. Mi abuelo y yo quedamos en silencio. Fingí una sonrisa después de su historia, pero no me salió convincente. Sin que él me observara, me tocaba la frente, trazaba un círculo con la yema del dedo, y pensaba en que algún día, si me convertía en zombi, alguien me dispararía justo allí, en la mitad de la frente: a lo John Wayne.

Cuando finalizó la película de zombis, el silencio me arropó las entrañas. Cobijado por la penumbra y

atestado en silencio, no distinguía si mi abuelo, sentado en su mecedora, se encontraba despierto, dormido, o muerto. Al instante mis dudas se disolvieron al escuchar:

—¡Bueno, joven, a dormir que ya está tarde!

Después de ese imperativo, no quería admitirle a mi abuelo que tenía pánico mezclado con terror y tembladera en las piernas. Respiré hondo, me puse las chancletas y salí en estampida rumbo a la habitación como alma que lleva el diablo.

A la noche algo me despertó. Mis ojos se abrieron a la velocidad de la luz debido a un sonido que se ensanchaba, se hacía insoportable: la sirena de la estación de bomberos. Intenté volver a dormir, pero algo me quitó el sueño: no eran uno, dos, tres ni cuatro toques de la sirena; un escalofrío me invadió el cuerpo, conté los fatídicos cinco toques. Al principio pensé que el sueño me había jugado una mala pasada, quizá había contado mal, «¿fueron uno, dos, tres, cuatro?». Una explosión remeció nuestra casa con violencia, cayó arena del techo, las paredes cimbraron, se sintió como un terremoto; un aire extraño se metía en los tímpanos, el corazón dejaba de palpar por momentos y después recobraba el latir. Atravesé el pasillo mientras la casa se sacudía. En la mitad del corredor, sentí algo que me tomó por sorpresa; eran las manos temblorosas de mi abuela. Ella me rescató, me llevó a la última habitación donde estaba mi abuelo, y me abrazó. Observé a mi abuelo, alistaba su calibre 44 y revisaba que el tambor estuviera lleno. Yo

estaba entre los brazos de mi abuela, pero me zafé, me acerqué a mi abuelo y le hablé como si fuera un adulto.

—Abuelo, acuértese: ¡a la cabeza! —mi abuelo guardó silencio, mientras yo seguía susurrando, como arrastrando una ciega certidumbre—. ¡A la cabeza, a la cabeza!

En la última habitación de la casa, junto a dos viejos en pijama, escuché disparos silbando en la calle, oí bombas que rompían paredes, sentí helicópteros que raspaban la oscuridad del cielo con sus hélices, pipetas de gas que silenciaban el intercambio de balas después de su monstruoso aturdimiento, percibí ondas explosivas que resonaban en los recodos de la casa, escuché gritos de dolor en las calles, y toques desesperados a las puertas. Fue un momento de rezos de mi abuela, silencio de mi abuelo, promesas que hice a Dios si detenía aquella masacre zombi.

—¡Por favor, abran que tenemos a un herido! —golpeaban fuerte a nuestra puerta, parecía que faltaba poco para que la derribaran.

Aquella madrugada, los truenos se confundieron con las bombas, los relámpagos se fundieron con nuestros últimos segundos de vida. Mi abuela encendió el radio. La voz ronca de Juan Gossaín nos dio algo de consuelo a pesar de la mala señal:

—Muy buenas noches amables oyentes, perdónenme la interrupción del programa deportivo, pero estamos recibiendo noticias urgentes. Se registran a esta hora de la noche intensos combates en el municipio de (...) la policía del lugar no ha podido contener hasta ahora el ataque perpetrado por un grupo de (...) tampoco se conoce una cifra exacta de muertos (...) ustedes comprenderán que ese municipio queda en la región montañosa del Valle del Cauca y es muy difícil la comunicación (...)

—¡Apague esa bulla, carajo! —dijo mi abuelo y miró hacia el techo.

Escuchamos pisadas precedidas de murmullos y lluvia, alguien andaba muy cerca de nosotros. Mi abuelo seguía con sus ojos arriba, descolgaba la boca. Salió de la habitación tropezándose con los regaños de mi abuela, fue al patio, agarró una escalera y la puso sobre la ramada mientras el aguacero arremetía contra él. Trepó en la escalera sosteniendo su revólver en la mano derecha. «*¡De verdad es John Wayne!*», pensaba mientras lo veía salir por la ventana de su habitación que daba a nuestro patio trasero. Su cabello plateado volvió a empantanarse, como cuando llegó de jugar billar. Mi abuela agarró la mica que estaba bajo la cama, se sentó en ella y me torturó con sus portentosos orines.

—Las bombas me dan miadera —dijo con una risa nerviosa—. Su abuelo nos va a hacer matar.

Vi cómo se subió por la vieja escalera, con su arma de fuego en la mano derecha, la lluvia casi lo hizo resbalar sobre uno de los escalones. Después de unos minutos, escuché varios disparos en el techo: era un *Duelo al Sol* en *El Corazón de las Tinieblas*. Cuando la lluvia se desvaneció en sus intentos por perdurar, el único protagonista que emergió de la oscuridad fue el más duro silencio.

Después de varios minutos, oímos el bullicio de nuestros vecinos. Salimos por la puerta del almacén de pesca, aplastamos millares de vidrios de las vitrinas que se estallaron por las pipetas. Afuera, en la calle principal, el banco quedó destruido. Supuse que los zombis se habían llevado los cajeros electrónicos, «*épero, para qué?*» pensé.

El Municipio se encontraba invadido por militares y tanquetas. Nuestros vecinos ofrecieron café caliente a los uniformados para espantar el frío de la madrugada. Las paredes de algunas casas quedaron tendidas sobre la calle principal; sus moradores llevados por la tragedia lloraban con desesperación. Por el contrario, algunos niños se emocionaron al encontrar casquillos de bala entre los escombros; los guardaron como un tesoro entre sus bolsillos y acariciaron con delirio las imponentes tanquetas parqueadas sobre el concreto resquebrajado. Aquella madrugada, un niño juró conducir una tanqueta cuando fuera mayor, dijo que iba a disparar contra las montañas, él solito.

—¡Pum, pum, pum, los voy a matar a todos! —dijo con emoción.

Uno de los militares se acercó a nosotros.

El rostro de mi abuela se derrumbaba por el dolor mientras le narraba al militar lo que había sucedido. Dos soldados entraron a la casa, mientras mi abuela me abrazaba y contemplaba el desastre. Yo escapé de sus brazos, y seguí a los militares a pesar del grito de mi abuela. Corrí a toda prisa por el pasillo y, en el fondo de la casa, los vi subir a la escalera, esperé hasta que llegaran arriba y luego escalé. En el techo, aún agarrado del último escalón, los vi alumbrar con una linterna. Muy cerca, encontré el revólver de mi abuelo bajo hojas y basura. Los militares no lo habían visto aún, así que hubiera tenido el tiempo de agarrarlo, envolverlo en mis ropas y correr para meterlo debajo de la cama; hubiera sido la herencia de mi abuelo. Pero nunca seré como él, siempre seré un niño cobarde que corre en estampida rumbo a su habitación después de una película de zombis, que no puede oír un trueno sin pensar en que las bombas derrumban su casa. Uno de los militares dijo algo que no entendí, vi el sitio donde alumbraba; apareció un rostro en medio de la oscuridad: el cinéfilo, mi abuelo, estaba tendido sobre el techo, le habían disparado en el pecho y en el estómago, la sangre había impregnado la totalidad de su cuerpo. Muy cerca de mi abuelo, el militar alumbró otro cuerpo, con la luz descubrió unas botas pantaneras y un uniforme camuflado. La luz continuó subiendo hasta

posarse sobre un rostro cadavérico, estaba con los ojos abiertos, blancos, perdidos, parecía mirarme directamente. El uniformado, llevaba un disparo certero, justo en la mitad de la frente.